

1.—Trópico, de Florit.—Hace ya dos meses que 1930, hoy órgano único de las izquierdas cubanas, así en lo ideológico como en lo literario, editó uno de sus más preciados libros: *Trópico*, el decimario de tierra y mar criollos de Eugenio Florit.

Esa aparición ha pasado poco menos que inadvertida. Los ruidos políticos ahogaron también la voz del poeta: pareció demasiado inocente su décima para el ánimo iluso, que andaba entonces codiciando el epinicio. Pero ya perdió mucha de su tensión esa cuerda, y el blando rumor del desencanto permite ahora dejar oír aquellos versos recién nacidos, hechos para sobrevivir a todas las circunstancias.

Dos méritos de prioridad hay que reconocerle sin vacilación a este lindo decimario de Florit: uno, que es el primer libro cubano de versos concebido y realizado dentro de los nuevos módulos líricos, sin arrastres o contagios de las escuelas inmediatamente anteriores; y el otro, que es también, en volumen, el primer intento de estilización poética noble de nuestro paisaje. Acaso estas dos prioridades sean en realidad aspecto esencial y secundario, de una sola verdadera primacía en el tiempo. Florit nos ha dado nuestro primer libro auténtico y maduro de poética nueva.

Claro que esto de «nueva» ha de tomarse con todas las modificaciones del caso. La filiación de Florit al neogongorismo que hoy domina buena parte de la lírica joven de España, es algo noforio entre los que han venido siguiendo la delicada y parsimoniosa decantación de su obra. Pero Góngora no fué más que el antecedente necesario. Su resurrección en España, a manos de los nuevos poetas, me ha parecido responder a eso que el español, hasta cuando más osado y radical en su espíritu innovador, tiene siempre de tradicional. Hay algo en la atmósfera espiritual de España que desgana de todos los sesgos abruptos. Picasso tuvo que irse a París para hacer su gran «fechoría». El *homo ibericus* es, eminentemente, hombre de raíces, incapaz por sí solo—es decir, sin la inducción de un clima soliviantador—para dispararse hacia la pura invención. La nueva poesía española, necesitada de renovar su lenguaje y de asegurarle a la visión y a la expresión poéticas una licencia total (Rubén Darío no había hecho más que importar las libertades francesas), prefirió escoger el intacto legado de insurgencia que le había dejado el poeta de las *Soledades*.

Cierta natural circunspección y parsimonia que hay en el temperamento de nuestro Florit le invitaron, a su vez, a adoptar el modo neogongorino como vía de tránsito entre su balbuceo romántico inicial y una independencia

Glosas

=De *El País*. La Habana=



Eugenio Florit

Dibujo de J. Mañach.

Apreciaciones

Río, 15 nov. 1930.

Sr. Don Eugenio Florit,

Revista 1930,

Ap. 2228. La Habana. Cuba.

Gracias por su *Trópico*. Admirable y encantador poema en décimas. Estoy entusiasmado con esta música en que al fin! se funden tan bien los elementos clásicos y tradicionales con el tono más popular de nuestras tonadas nativas. Lo felicito cordialísimamente, poeta Florit.

f) Alfonso Reyes

JOSÉ MA. CHACÓN Y CALVO,
Secretario de la Embajada de Cuba.

Madrid, oct. 15-1930.

Querido Eugenio Florit:

Al llegar del campo y del mar, encuentro su finísimo libro sobre nuestro campo y nuestro mar. *Trópico* es una hora feliz de la lírica cubana. Yo no he podido leerlo sin una emoción ahogada. Alguien dirá—como se ha dicho por no sé quien de las de Guillén—que sus décimas son intelectualistas. Yo he sentido en ellas vibrar cosas muy hondas y sutiles. Me he acercado de nuevo a mi campo—. Y he llegado otra vez al mar. Y los he sentido, en sus versos, con un amor pleno y sosegado.

Trópico no es un libro tropicalista. Una gran suerte. Es un libro de hoy, y muy cubano. Y es sobre todo un libro bello, lleno de ponderación y equilibrio. También de insinuaciones.

Le felicito muy cordialmente. Le recuerdo siempre. Le abraza su devotísimo.

f) José Ma. Chacón y Calvo

Dos caminos—luz, agua—se entrecruzan en la entraña del trópico, produciendo esa alucinación de los ojos y de los sentidos, que paraliza muchas veces la penetración. Se gira alrededor del trópico, como alrededor de un vórtice de desenfrenos, de centelleos dionisiacos. Se huye del trópico o se le gusta sólo en superficies, dominados por la creencia de que en el fondo, sol y agua, de acuerdo, procrean faunas fantásticas. Del tropicalismo se habló como de modalidad feble, quejumbrosa y endémica en literatura. Lo raquíptico de todos lados, si era del trópico, se bautizó por tropicalismo. Queremos desmentir la especie: el trópico es fuerza, aunque pueda aparecer adormecida: el trópico es claridad, que puede ser también penetración. El trópico dijo su palabra una vez, por boca inmortal, y en América ninguna palabra ha sido

(Pasa a la página 175).

y eclecticismo eventuales, que ya van apuntando robustamente en sus últimos poemas. Es él demasiado poeta auténtico para aventurarse en esos virajes violentos con que otros tratan de darnos el timo «vanguardista», sin recelar que ya la brusquedad del cambio nos lo hace sospechoso.

Pero si Florit se aprovecha de las resucitadas licencias del abuelo cordobés, no es para abandonarse por sus viejos cauces, ni para obsequiarnos con rancios «pastiche» criollos del *Polifemo* o de las *Soledades*. Algo de esto ha pasado en Madrid y Andalucía. Florit exhibe, dentro de la tradición adoptada, una altiva independencia americana. Atiende a los motivos poéticos de su tierra y encierra su canción en la a un tiempo breve y demorada rotundidad—¿rectangularidad?—de la décima criolla.

Pudo Góngora decir de sus *Soledades* que era en ellas «extraño todo—el designio, la fábrica y el modo». En el librito de Florit, todo, por el contrario nos parece natural (signo de su autenticidad. El «vanguardismo» no llegará a ser expresión válida y genuina mientras resulte chocante). Su «designio» es el elogio de nuestro campo y de nuestro mar. Su «fábrica» no es sino un sencillo panorama. El «modo» es la décima estilizada.

En próximo artículo veremos cómo, con estos elementos, Florit ha compuesto una versión intelectual delicadísima de la tierra nuestra; vale decir de aquellos aspectos y momentos suyos en que lo fugaz se asocia a lo perenne.

2.—Palabras e imágenes.

Hablamos del libro de versos de Eugenio Florit—*Trópico*—y decíamos, que utilizando como medio expresivo la décima tan cara a nuestra tradición guajira había compuesto una versión sumamente delicada de nuestro paisaje y de nuestro mar.

Si fuéramos a creer en la palabra del poeta—cosa siempre un poco arriesgada cuando el poeta se refiere a su propia obra—, tendríamos que inferir que de los dos propósitos de este libro, el de ennoblecer la décima y el de estilizar la versión del paisaje, el primero—a pesar de ser el de mera técnica—fué el que presidió el ánimo del poeta.

Él mismo, en efecto, nos lo advierte en su *Inicial*. Copiemos su cuarteta, para dar así, de paso, al lector *in absentia* una idea del tono aristocrático, elaborado y algo absconso de estos versos:

Pues de la tierra, canto, agradecido te revelas en clásica envoltura, detén el ala por mirar el nido y luego bebe un manantial de altura.

Como hago periodismo, y no crítica rigurosa, se me perdonará la precaución de «traducir» esos